no habló, no lo dijo todo en la primera hora; pero es tía y madrina de Arzac. Quizás diga todavía muchas cosas...— ¡Pues bien, no! ¡no...! exclamó de pronto *Margarita*, no, no he dicho toda la verdad... Voy á decíroslo. Al ir Santiago Besson á dar muerte á M. de Marcellange (Arzac fue quien me lo dijo), fué á buscar á mi sobrino en su aprisco, le apuntó con su escopeta al pecho, y le amenazó con matarle si no iba con él para sujetar al perro. Arzac se vió obligado á obedecer y obedeció. Cuando hubieron llegado á Chamblas, Arzac sujetó al perro, que le conocía. Besson queria que fuese él quien hiciese el disparo, pero Arzac contestó que no sabia apuntar... y Besson hizo fuego.

El presidente: ¿Quién os dijo eso?

Margarita: ¡Dios mio! ¡que quién me dijo eso! La misma boca de mi sobrino; Arzac fue quien me lo dijo, en el momento en que encontré las balas en su bolsillo, cuando le pregunté de dónde procedían. Entonces le lisonjeé para saber algo más. Lo que acabo de referir no lo queria yo decir, creedme. Mi confesor me habia amonestado para que dijese la verdad entera. En el último jubileo le manifesté que lo habia dicho todo menos una sola cosa. Me mandó que os revelase esa cosa, y ya os lo he dicho todo. Nada mas tengo que deciros.

Y *Margarita* exhaló un profundo suspiro, como una persona cuyo pecho queda descargado de un gran peso.

El presidente: Ya comprendéis, señores jurados, que esta última parte de las declaraciones de la mujer de Maurin es mucho mas grave que las demás. Arzac es su sobrino, su ahijado, y solo ella es depositaria de su secreto.

Margarita exclamó:— ¡Sola, quizás no!

Al oirse estas palabras, la ansiedad llegó á su colmo. ¿Iba á desaparecer la duda tan leve que podia dejar subsistir todavía la afirmación de un testigo único?

Margarita añadió con firmeza:— Hay aquí un testigo que quizás sepa algo; es Santiago Exbrayat, de Combriol. Mandad que venga.

Exbrayat era aquel honrado carpintero que solia viajar frecuentemente por la noche, y que durante mucho tiempo habia guardado silencio acerca de palabras menos graves, por miedo de ser *blanqueado como blanquearon al pobre M. de Marcellange*. Se adelantó y exclamó:— En efecto, Arzac me dijo: «Me parece que la justicia no creerá á mi madrina, pero si la cree, hay lo suficiente para hacer que me corten la cabeza.»

La frase podia tener un doble sentido; así, pues, era preciso atenderse á las revelaciones de la Maurin. Interrogada de nuevo, añadió algunos pormenores:— Cuando encontré las balas, me dijo que se las habia dado Santiago Boudoul. Repliqué: «¡Mira, eso no es verdad!» Entonces se echó á llorar, porque yo tambien estaba llorando. Entonces fue, caballero, cuando me lo confió todo. Le han perdido, al desventurado niño; es un loco que no ha podido guardar su secreto, y que le ha publicado por toda la comarca.

Margarita comenzó á sollozar y murmuró en

medio de sus lágrimas:— Bien puedo llorar por ese desgraciado que se ha puesto en el caso de ir á galeras. Yo creí que nunca habria hablado de eso á nadie...!

El presidente: ¿Sabeis si Arzac y Besson se conocian?

Margarita: El conocimiento se hizo cuando Besson quiso inducirle á asesinar á su amo. No se conocian en el castillo, pero bien se conocian en los bosques.

— ¡Es falso! exclamó *Besson*, quien, al oír aquellas revelaciones, no habia podido disimular una curiosidad inquieta, que se conocia por un sudor frio que sus manos enjugaban instintivamente.

— ¡Oh! ¡sí, sí! contestó *Margarita* con dulzura. ¡No es falso, Besson, no es falso!

En vano procuró *M. Lachaud* destruir el efecto de aquellas declaraciones tan graves, en vano las atribuyó á las alucinaciones de la locura; la conciencia de todos sabia muy bien lo profundamente sincero que era el lenguaje de aquella pobre mujer.

Entre tanto introdujeron á Arzac, á Arzac que no sabia una palabra de la escena dramática que acababa de pasar. Se colocó delante del tribunal en la actitud mas indiferente y serena. A la primera pregunta declaró que no sabia el francés, y que solo podia contestar en dialecto.

M. Bac: ¡Pues si siempre ha hablado francés!

Arzac contestó imperturbablemente:— No por cierto, no sé una palabra.

M. Damian de Crouzilnac, sustituto del fiscal: Quereis engañar á la justicia. He ido á veros en la cárcel, os he hablado en dialecto, y durante un cuarto de hora me habeis contestado en buen francés.

Arzac exclamó en escelente francés:— ¡Un cuarto de hora! acaso no hayais estado diez minutos conmigo.

Arzac se resignó á hablar francés. Interrogado acerca de todas las palabras que habia pronunciado, persistió en afirmar que las dijo por *charlar*. En materia de balas, ni siquiera conocia las *balas de fuego*, sino solo las bolitas de piedra con que juegan los chiquillos. Se dejó arrastrar á movimientos de cólera, cuando le hicieron presentes las numerosas contradicciones de sus diferentes interrogatorios, y no observó que se contradecía de nuevo al declarar que conocia á Besson desde dos años antes de la muerte de M. de Marcellange.

Margarita, á quien mandaron entrar otra vez, renovó sus declaraciones con visible dolor; *Arzac* les opuso negativas espresadas con burlona frialdad. En vano le amonestó el *presidente* para que dijese la verdad.— La verdad, dijo *Arzac*, es que yo no tuve al perro, ni mas ni menos que vos le teneis ahora. Quisiera yo saber de dónde han sacado que soy un testigo falso, y si no hay justicia mas que para los ricos, y no para los pobres.

El presidente: ¡Pero ese hecho material, esa cadena que no puede mentir!

Arzac con admiración: Sí señor, sí señor, si os hubiéseis hallado en mi lugar, hubiérais hecho otro